

EL RINCON DE LA HISTORIA

PASCUA DE AMERICA

América canta en esta Nochebuena de Navidad, y canta en las ceremonias tradicionales como sus padres y sus abuelos, y remontándose en la escala del tiempo, como sus progenitores hispánicos en el ancho suelo continental. Hay siempre un pesebre en la fiesta y un dulce Niño en el democrático establo para esta devoción de origen franciscano, que repite aquella incomparable que, en suaves e ingenuos tonos describiera en México en 1587, el cronista Motolinia, a la manera de un intimista flamenco. En las guitarras penden los villancicos y los cantares de variado nombre en la singularidad nacionalista de los países, pero idénticos en la intención. Hay emoción hecha de ternura y de esperanza en los rostros.

En las sierras peruanas, las «huaylias» entonan las alabanzas al Diosllay, Japaj Apu Niño, y esperan la media noche para comer el sabroso mondongo y partir el tamal apetitoso. En los pueblos del Brasil o en Texas se repiten los dramas litúrgicos de la Natividad. Por doquiera en México, las Posadas con los cuadros del Nacimiento, procesión que terminará con el reventar, a la manera de un cuerno de la abundancia, de esa «piñata» que se mece coqueta—colgada en la reata. Y la música, ese sexto sentido del pueblo americano, como se dijo ya en tiempos coloniales, sonando en las novenas de Colombia y Venezuela, con sus aguinaldos de letra humilde y melodía prístina, lo mismo que en los demás países del vasto continente.

La fiesta de Navidad alcanzó también en Chile un enorme prestigio en todas las clases sociales. Las monjas de las Clarisas de la Victoria fueron las más celosas mantenedoras de estos festejos que ha descrito el historiador de la Orden, el P. Juan Guernica: «Mientras la Rda. Abadesa oficiaba las Vísperas, para lo cual se adornaba de antemano el facistol con flores y guirnaldas y se quemaba incienso; las seglares, vestidas con trajes de carácter: unas de vieja, con barbas de chivato, otras de huasa, algunas de moño alto, con grandes rosas de cintas de todos colores, esperaban en la puerta del coro a que terminaran las Vísperas; y luego que salían las monjas de dos en fondo en dirección del refectorio, las segúan las seglares, cada cual con su guitarra, tocando *cogollos* al Niño Jesús y a la Madre Abadesa. En la mesa se colocaba el Niño Jesús, llamado «de los aguinaldos». Allí aparecían las seglares disfrazadas como se acaba de decir, cantándole villancicos y bailándole el *ca-timbao*, al son de la guitarra, campanillas y tambores».

En los cantos de Nochebuena se integra la tradición hispánica fuertemente realista con el tono melódico de las tonadas chilenas. Las estrofas de los villancicos simbolizan la alegría de la naturaleza, el poder ubérrimo del verano que se acerca y el misterio de la reno-

vación estacional. Ante el pesebre santiaguino los *puetas* de poncho del siglo XIX, se arrodillaban cantando:

Las aves en el instante
se entonaron y siguieron,
cantaron cuando lo vieron
al hermosísimo Infante.

El tordo cantó ligero
tan discretas melodías,
al parecer les decía:
ya es nacido el Verdadero.

El chincolito cantaba
en aquel feliz recinto
y los tiles que le armaba
un precioso laberinto.

De las vegas el queltehue
fué a cantarle al Niño Dios
parece que descifraba
perdone mi mala voz.

Los campos ofrecían también sus opulentas primicias:

Cebollas de las Barrancas
le trajo Pedro Llanté,
choclos y porotos verdes,
de la hacienda de Lonquén.

Tomates grandes pintones
del Salto trajo ña Anchona
y el Chuma se vino al trote
con unos siete capones.

Dos niños de ña Regina
están en el corredor,
con diez melones de olor
llegó Pancho de Colina.

Las mujeres iban depositando sus regalos a la Virgen:

Unos cuantos fajeritos
pa cuando el Niño se mude
y un pañuelo si es que sude,
también le traigo un gorrito.

Reciba unos tres cuadritos
de lana bien blanca y fina,
de la que llaman averina
le tengo hecho botincitos.

Señora doña María
sabe que se me olvidó
el ajuar, que es de piqué,
mañana lo traigo yo.

Y al entonarse el esquinazo de despedida, terminaba la novena
y en el aire estival quedaba vibrando la melodía:

Adiós mi buen Manuelito
hasta el año venidero
nos volveremos a ver
cuando engorden los corderos.

E. P. S.